



Un grupo de escolares, en junio ante el memorial que recuerda los 2.626 presos políticos que pasaron por la cárcel de Peniche. T. C.

La fortaleza de Peniche honra la memoria de sus 2.626 presos políticos. Algunos de ellos impidieron que se hiciera un hotel

## Portugal convierte la cárcel más siniestra de la dictadura en museo de resistencia y libertad

TEREIXA CONSTENLA  
Peniche

En la única foto de su boda, Conceição Matos se rodeó de siete personas. Ninguna era su flamante marido, Domingos Abrantes. La pareja de comunistas se casó el 18 de octubre de 1969 en la cárcel de Peniche, a unos 90 kilómetros al norte de Lisboa, donde Abrantes estaba encerrado desde hacía cuatro años por su oposición a la dictadura. En ese tiempo les habían prohibido verse y escribirse. Se carteaban por familiares interpuestos. Abrantes se las ingenió para hacerle llegar postales de Navidad, felicitaciones de aniversario e incluso un *collage* de cerillas que reproducía *Los amantes*, de Picasso, para festejar la encarcelación de su compañera en 1966. “El día de la boda no dejaron que nos hiciéramos fotos”, recuerda Matos en Lisboa, más de cinco décadas después. Y de ahí que el retrato muestre a la novia, que vestía falda y blusa prestadas, con otros familiares a las puertas de la imponente fortaleza militar contra la que el océano Atlántico se estrella sin cesar.

Los mismos muros donde posó Matos siguen en pie. Ahora, sin embargo, encierran otra idea. El pasado 27 de abril, justo cuando se cumplían 50 años de la liberación de todos sus presos gracias a la Revolución de los Claveles, rea-

bró sus portones como Museo Nacional Resistencia y Libertad Fortaleza de Peniche, inaugurado por el presidente de la República, Marcelo Rebelo de Sousa. “Nuestra misión es investigar, preservar y comunicar la memoria de la resistencia al régimen fascista portugués a partir de los testimonios de quienes lucharon por la libertad y la democracia”, explica la directora del museo, Aida Rechena.

El homenaje comienza con un memorial instalado en la explanada donde se han grabado los nombres de los 2.626 reclusos que pasaron por Peniche entre 1934 y 1974 y prosigue con una exposi-

ción que detalla el país que dejaron atrás. Uno de los nombres inscritos es el de Abrantes, que salió en libertad en 1973 tras ocho años y que había sido uno de los ocho reclusos comunistas que había humillado a la dictadura al fugarse de la prisión de Caxias en un coche oficial de António de Oliveira Salazar en 1961. En la batería de torturas que sufrió en su segunda detención no hay que descartar palizas de propina por el berrinche que había causado su evasión en el régimen.

Aida Rechena advierte de que el memorial está incompleto porque no todos los encarcelados eran registrados. La burocracia

penitenciaria tenía agujeros negros. La dictadura portuguesa, instaurada por militares en 1926 y continuada por Salazar y Marcelo Caetano hasta 1974, fue la más duradera de la Europa occidental. Peniche, que había sido una fortaleza militar desde el siglo XVI, se convirtió en el símbolo más siniestro de la dictadura a partir de 1926 y, en especial, cuando pasó a manos de la policía política para encerrar a los opositores más significativos. “Era el mayor símbolo de la represión fascista”, afirma Abrantes durante un encuentro en Lisboa. Su historia y la de su pareja, ambos de 88 años, se relatan ahora en el museo. A diferencia de otros camaradas que no han logrado regresar a la fortaleza debido al trauma, Abrantes acude siempre que le invitan.

La exposición revive los días del partido único, la censura previa, la falta de libertades y derechos, la persecución de la disidencia, la solidaridad de los vecinos de Peniche hacia los familiares de los reclusos y la vigilancia policial universalizada. “Es importante recordar a las nuevas generaciones que la libertad es inseparable de la resistencia y del sacrificio de muchas personas encarceladas o muertas; este museo es importante contra cierto apagón oficial del fascismo”, subraya el antiguo preso.

Prohibir las fotos de la boda era un ejercicio de crueldad, pero una pequeñez al lado del catálogo de torturas que desplegaba la policía política: latigazos con el llamado caballo marino, privación de sueño, tortura de la estatua o aislamiento. En las celdas de castigo de Peniche, bautizadas por los presos como El Secreto, eran incommunicados sin ventilación, sin espacio para moverse, sin visitas y a veces sin más comida que pan y agua. “Si algún guardia tenía un pequeño gesto de humanidad hacia nosotros, le cambiaban”, recuerda Domingos Abrantes, que

estuvo aislado durante todo su encierro. El silencio era un mandamiento universal. Las salas comunes tenían rejas de hierro para garantizar la observación permanente y los presos peligrosos, como el comunista Álvaro Cunhal, se instalaban en celdas de alta seguridad de la tercera planta. “De modo general, los internos estaban encerrados durante 20 horas y solo se reunían en el comedor, donde los guardias llegaron al extremo de prohibirles sonreír”, señala la historiadora Irene Flunser Pimentel en su libro *A história da PIDE*.

Peniche también vivió evasiones legendarias. No era fácil huir de una fortaleza militar construida hacia cuatro siglos como una península de piedra que parece arrojar al océano. El 3 de enero de 1960, sin embargo, se escaparon 10 personas, entre ellas Álvaro Cunhal, que logró cruzar el telón de acero e instalarse en Moscú, donde sería elegido secretario general del Partido Comunista Portugués. Cunhal había pasado ya 15 años entre rejas, en diferentes etapas, cuando se descolgó por una cuerda fabricada con retales de mantas para huir. Aparte de afianzarse en una ortodoxia de la que no se apartaría nunca, Cunhal aprovechó sus encierros para escribir una tesis doctoral sobre el aborto y varias novelas con el seudónimo de Manuel Tiago.

Una celda evoca ahora su reclusión, pero podría haber sido una habitación para turistas si hubiese prosperado el proyecto de 2016 del Gobierno de António Costa para convertir una parte de la fortaleza en hotel. “El Partido Socialista, sorprendentemente, ha puesto muchos obstáculos a la construcción del museo. Hacer un hotel de lujo era un insulto a la resistencia y a todo su sufrimiento”, sostiene Abrantes. El proyecto se frustró debido a la oposición de los antiguos presos políticos, que se movilizaron para impedirlo.



Corredor de las celdas de aislamiento de Peniche. T. C.